

Toti Martínez de Lezea



Tierra
de
leche y miel

erein

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

1.ª edición: noviembre de 2016

Diseño de interior:

Iturri

Maquetación:

Erein

Ilustración y diseño de cubierta:

Aritz Albaizar

© Toti Martínez de Lezea

© EREIN. Donostia 2016

ISBN: 978-84-9109-144-8

D. L.: SS-2085/2016

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107
20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus    

Imprime: Gertu inprimategia

Zubillaga industrialdea, 9

20560 Oñati, Gipuzkoa

T 943 783 309 F 943 783 133

e-mail: gertu@gertu.net

www.gertu.net

Toti Martínez de Lezea

Tierra de leche y miel



A mis queridos Edurne y Tarek

*Con mi agradecimiento a José Luis Corral,
historiador, escritor y amigo*



Paris

Antoñana

Tafalla

Mausella

Med



Beirut

Damasco

San Juan de Acue

Jaffa

Jerusalén

Gaza

Mar

libeniano

El hombre se pasó la lengua por los labios; no le quedaba saliva en la boca, y tampoco podía abrir los ojos por mucho que lo intentaba. Aguzó el oído, pero el silencio era completo, y pensó que estaba muerto, que se hallaba a las puertas del infierno. No podía ser de otra manera. Imágenes de guerra y sangre se sucedían en su mente embotada, mezcladas con otras más placenteras de campos y colinas bañados por riachuelos de aguas transparentes. Creyó escuchar los lamentos de los condenados al fuego eterno, más bien sus alaridos; notó una brisa acariciándole el rostro y un peso sobre su pecho, y, resignado a aceptar su destino, abrió los ojos. Negra, el pico afilado y la mirada fija en él, la muerte en persona venía en su busca. No pudo evitar que un grito escapara de su garganta y le soltó un manotazo. Atónito, la vio extender sus amplias alas y elevarse en el aire para, a continuación, lanzarse de nuevo sobre él. Pese a no sentir las piernas, se giró sobre su propio cuerpo y el espectro fue a dar contra el suelo. No parecía, sin embargo, dispuesto a dejar escapar a su presa y le clavó el pico en el cuello.

—¡Mierda! —gritó el hombre.

Había cambiado de opinión y ya no estaba tan dispuesto a aceptar su destino. Se revolvió contra la muerte, la asió, la golpeó con los puños y, finalmente, logró retorcerle el cuello. Solo entonces se dio cuenta de que había matado a un buitre.

Antoñana

★ primavera de 1238 ★

La llamada de Teobaldo, primero de su nombre, llegó a todos los confines del reino. El rey pedía a sus caballeros, infanzones, ricos hombres y vasallos que lo acompañaran a liberar los Santos Lugares de las manos de los infieles. El conde de Champagne y de Brie, sobrino del difunto don Sancho VII, reinaba en Navarra desde hacía cuatro años. Aunque no le hacía ascos a un dominio que le había llegado casi por sorpresa, estaba claro que prefería su condado y su corte del norte de Francia, nada que ver con aquel reino en verdad hermoso, pero demasiado salvaje para su gusto. Incluso se le hacía difícil aceptar que su querida madre hubiera nacido en aquella tierra. No entendía la lengua de sus súbditos, tampoco le agradaban sus poco refinadas comidas y aún menos los vinos rasposos, tan diferentes a los

suaves caldos elaborados en las bodegas condales. Reconocía no obstante las virtudes de un pueblo trabajador, que llamaba a las cosas por su nombre y no era en absoluto proclive a las lisonjas y que, además, sabía cantar. Él se había ganado su buena fama como primer trovador del Reino de Francia y apreciaba la buena música. Por otra parte, el título de rey era más encumbrado que el de conde, y le daba el derecho de hablar de tú a tú con su pariente Luis. Ciertamente que, en calidad de conde de Champagne, él era su vasallo, pero no lo era en calidad de rey de Navarra, mal que le pesara a la reina madre, la muy bruja. Mucha misa, muchos rezos, pero había creído a los calumniadores que lo acusaban de estar enamorado de ella y de haber envenenado a su marido a fin de obtener sus favores. ¿Enamorado él de una mujer que le llevaba trece años cuando podía escoger cualquier rosa de sus jardines? Le prohibió asistir a los funerales en la basílica de Saint-Dénis. ¡A él que había luchado hombro con hombro con el difunto! ¡A él por cuyas venas corría tanta o más sangre real que por las de ella! Ciertamente que lo invitó a la coronación del joven Luis, pero la plebe lo insultó llamándolo asesino, y optó por retirarse. No obstante, cedió y se inclinó, tras años de enemistad, porque sentía verdadero afecto hacia su primo a quien, además de la caza, le unía el amor por la música y el sueño de viajar a Palestina.

Al llegar a su nuevo reino, nombró senescal a su amigo Ponç de Douyme, y se rodeó de consejeros franceses; los colocó en los puestos de gobierno e incumplió los fueros de los navarros. Los infanzones y los jefes de los solares se alzaron contra él, y no se le ocurrió mejor idea que hacer voto de acudir

a la Cruzada. Gregorio IX ordenó entonces la disolución de las juntas y hermandades navarras bajo amenaza de excomunicación; Teobaldo no podía partir hacia Jerusalén mientras continuaran las revueltas nobiliarias. Una vez aquietados los levantiscos vasallos, el rey salió hacia sus territorios franceses en compañía de cuatrocientos caballeros de solar y varios cientos de infantes, navarros y de las comarcas limítrofes, que acudieron a su llamada y causaban el pasmo allá por donde pasaban. Ianiz Ruiz de Antoñana hacía parte de la expedición.

El joven había acudido al caserío de una viuda, en el valle alavés de Laminoria, cercano a Antoñana, y se habían encamado a cambio de cuatro dineros de vellón que pasaron a ser seis tras pedir ella doce. La mujer, madura y de buen ver, redondeaba su exigua economía ejerciendo de “hetaira”, palabreja que un cliente de paso le había enseñado y de la cual se había apropiado por parecerle más lucido que el de simple puta, si bien lo suyo nada tenía que ver con las cortesanas de la antigua Grecia, ni en donaire ni en conocimientos musicales, a no ser porque sabía tañer el pandero. Se hallaban en plena faena cuando apareció el abad secular del monasterio de Santa Pía, asimismo señor del valle, y los encontró tal que Adán y a Eva antes de lo del fruto prohibido, es decir en cueros. El clérigo armó una gresca y ordenó a sus criados que detuvieran a los dos y los encerraran, por separado eso sí, en sendas celdas oscuras y sin respiraderos. Al siguiente domingo, al finalizar la misa y ante todos los fieles de Laminoria, el abad procedió a juzgar a los culpables por el terrible pecado de la lujuria. A ella la condenó a vivir en las cuadras del monasterio y a fregar los suelos del mismo durante el tiempo

que considerara necesario a fin de que penara por su delito, lo que provocó no pocas sonrisas entre sus vasallos. Todo el mundo sabía que don Nuño era asiduo cliente de la viuda, aunque él aseguraba que acudía a su casa a fin de catequizarla y llevarla por el buen sendero; el castigo no era más que una treta para tenerla a mano y no compartirla con ningún otro hombre. Con Ianiz no fue tan magnánimo.

El joven escuchó atónito al abad dictar sentencia. Tras enumerar los terribles tormentos que sufriría su alma pecadora durante toda la eternidad, una vez fuera a parar al Infierno, el religioso alzó la voz de forma que todos los presentes, clérigos y vecinos, pudieran escuchar bien sus palabras.

—Has cometido un terrible pecado contra el quinto Mandamiento y mancillado el honor de una de mis vasallas. En mi condición de señor del valle de Laminoria te condeno a la pena de cien latigazos, pero también soy un representante de Dios Nuestro Señor por lo que te excomulgo a perpetuidad. Sin embargo, la caridad y el amor cristianos me obligan a proponerte un pacto. No recibirás ninguno de los dos castigos si juras por tu alma emprender un viaje de peregrinación y traer a tu vuelta una reliquia de nuestra venerada Santa Pía a este monasterio.

Ianiz juró de inmediato, por su alma y por lo que fuera con tal de escapar de allí cuanto antes. Incluso derramó unas lágrimas y se golpeó el pecho con el puño en señal de arrepentimiento. Sin embargo, no tenía intención alguna de cumplir la pena impuesta. El abad tenía ya sus buenos años y, aunque decía misa y confesaba a sus vasallos, gozaba con

los placeres terrenales, el buen yantar y mejor beber, sin olvidar el fornicio, y todo ello empezaba a dejar huella como bien podía apreciarse por las profundas ojeras que surcaban sus ojos. Por otra parte, ignoraba por completo quién había sido aquella Santa Pía y dónde podría encontrar una reliquia suya, así que desaparecería durante un tiempo y volvería cuando el clérigo fuera un muerto errante, o un muerto sin más. La llamada de Teobaldo le llegó cual lluvia en época de sequía. Si bien el difunto Alfonso VIII habían incorporado a su corona casi todo el condado de Álava, Antoñana y demás localidades de la zona se hallaban, por decirlo así, en tierra de nadie, y él se sentía más navarro que castellano, entre otras cosas porque su madre era de Tierra de Deio y, como cabeza de su linaje, tenía todo el derecho de acompañar al rey a liberar los Santos Lugares.

A don Nuño le pareció una magnífica idea; lo animó a emprender la Cruzada que le absolvería de todos sus pecados y le recordó la promesa hecha de regresar, si a Dios así placía, con una reliquia de la Santa a cuya memoria había sido consagrado el monasterio, pero no le dio ni un solo maravedí. Le costó Dios y ayuda obtener los dineros necesarios para adquirir la impedimenta adecuada a tan magno acontecimiento y para pagarse el viaje. La casa familiar se caía de puro vieja y, aunque él presumiera de ser descendiente del mismísimo Sancho Garzes el Mayor, de venerada memoria, sus vecinos no dejaban de recordarle que no era sino nieto de Obeko Fortunionez, un escudero que había acompañado al difunto don Sancho, llamado El Fuerte, a su aventura en tierras africanas cuarenta años atrás. No solo Navarra había perdido los

territorios de Álava y Gipuzkoa durante la ausencia del rey, el abuelo se había quedado por el camino, es decir que nunca regresó, y dejó en Antoñana mujer y tres hijos sin sustento. Las malas lenguas aseguraban que el tal Obeko se había establecido en un lugar llamado Ouarzazate, que sonaba a navarro, pero era moro, allá en África. Y no solo eso. Se decía que se había hecho infiel, colocado un turbante en la cabeza y amancebado con una sarracena. Fuera como fuese, no volvió a saberse de él, y la mujer tuvo que sacar adelante a sus retoños y, peor aún, aguantar los comentarios irónicos que le dirigían los vecinos cuando se acordaban de su marido. También ella se acordaba. No dejó de maldecirlo hasta el día de su muerte y de recordar a su único nieto varón que le dijera de su parte que se fuera al infierno, si algún día llegaba a encontrárselo. Ianiz estaba dispuesto a devolver la buena fama a su linaje, aunque no tenía muy claro cómo lo conseguiría. La llamada a la Cruzada le puso la oportunidad en bandeja. Acompañaría al rey a Palestina, lucharía y mataría a todo infiel que se le cruzara en el camino, aunque fuera su maldito abuelo, y volvería cargado de riquezas con las que recomponer su maltrecha casa y buscar esposa, si bien a esta la buscaría en Nova Victoria o en Estella. Después de las bur-las sufridas a causa de su abuelo, ninguna familia de Antoñana se merecía el honor de emparentar con el héroe de la Cruzada que él pensaba ser.

Fue a hablar con el prestamista judío de la calle Sol de Abajo, conocida por “Pocotocino”, a fin de que le fiara los dineros necesarios, pero no tuvo éxito pues lo único que pudo aportar en tanto que garantía fue una cadena de oro,

que resultó ser de latón con un recubrimiento dorado. Tampoco obtuvo ayuda del prestamista cristiano de la villa, quien adujo tener prohibido prestar a otros cristianos, aunque no perdía la ocasión de hacerlo siempre que el negocio fuera prometedor, lo cual no era su caso. Decidió probar fortuna en Estella con igual resultado, pero, finalmente, se le apareció esta en la persona de Mohamed Otxarra, moro de Tudela, que buscaba con su familia un lugar donde establecerse y con quien entabló conversación en un mesón de la villa del Ega. No conocía a ningún seguidor de la religión de Mahoma, aunque sabía que en la región vivían algunas familias musulmanas dedicadas al laboreo, y le llamó la atención que el hombre le hablara en su propia lengua. Mayor fue su sorpresa cuando el otro le reveló que, en realidad, era navarro de pura cepa; de toda la vida, aseguró. Al igual que muchos otros, sus antepasados se habían convertido a la fe del Islam cuando las invasiones y, a fin de cuentas, añadió, ¿qué más daba una religión que otra? Al saberlo ganadero, a Ianiz se le ocurrió la idea de ofrecerle el arrendamiento de su hacienda, a cambio, eso sí, de una cantidad de dineros suficiente con los que adquirir la impedimenta militar y el pasaje a Tierra Santa. El tudelano aceptó después de echar un vistazo a los terrenos en cuestión, buenos para criar ganado, pero puso sus condiciones. A cambio de la cantidad estipulada, ambos firmarían ante el notario un contrato de compra por cinco años con derecho a recompra por parte del vendedor. En caso de que, al expirar el plazo, no dispusiera de la cantidad depositada, más los intereses correspondientes, o de no regresar en ese periodo de tiempo, las tierras y la casa pasarían

definitivamente a propiedad del comprador. Era un trato asaz desmesurado, pero Ianiz tampoco tenía muchas opciones. Sabía que acabaría vendiendo la heredad si permanecía allí, puesto que apenas le quedaban ya medios de subsistencia y tenía muy claro que lo suyo no era el laboreo. No dejaba de tener cierta gracia, sin embargo, que fuera un mahometano quien le proporcionara los recursos para ir a pelear contra sus correligionarios, aunque también era cierto que una cosa era las creencias y otra, la cuna. El hombre era rubicundo y de ojos claros y, según contaban, los infieles de la Palestina tenían la tez oscura y, desde luego, no hablaban las lenguas de Navarra.

Tras adquirir la indumentaria básica necesaria, cota de malla y botas de cuero incluidas, además de una sobreveste de color rojo con el escudo de su familia bordado en pecho y espalda, una espada de una mano con su vaina y un yelmo reluciente, aún le sobraron dineros con los que comprar un caballo joven por el que pagó la mitad de su precio ya que dejaba el viejo a cambio. Debía guardar el resto para abonar el pasaje y demás gastos pero, visto que pronto sería un soldado de Cristo, bien se merecía algún goce terrenal más. A la espera de la marcha, se hospedó en una fonda de la calle El Recón, se hartó de comer cordero asado y se acostó con una sirvienta que complacía a los huéspedes del local a cambio de algunas monedas. Unas jornadas más tarde, apareció por la villa un mensajero de Teobaldo, encargado de agrupar a los voluntarios de la zona con la misión de llevarlos a reunirse con el rey en Tafalla. El señor de Antoñana, como se presentó a sí mismo, tuvo el inmenso honor de cabalgar a la

cabeza del grupo en el momento de salir de la villa. La atravesó con la cabeza alta causando estupor entre los vecinos que veían al nieto de Obeko ataviado cual un conde y en compañía de otros caballeros. Era la primera vez que el joven paladeaba las mieles del poder, aquella sensación de superioridad sobre los aldeanos, que lo contemplaban con la boca abierta, y se juró que no volvería a ser el mísero infanzón más pobre que un perro vagabundo que había sido hasta entonces.

Procedente de Olite, el rey Teobaldo hizo su entrada en Tafalla varias jornadas más tarde. Solo se detuvo el tiempo suficiente para rezar en la parroquia de San Pedro por el buen desempeño de su misión en Tierra Santa y prometer que regresaría con una reliquia de los Santos Lugares; saludó a los caballeros que se añadían a la comitiva, y todos continuaron viaje hacia Pamplona y de allí a Baiona. El trayecto hasta Champagne fue una continua fuente de sorpresas; Ianiz Ruiz de Antoñana jamás había salido de su terruño y todo lo que veía le resultaba novedoso y exótico. No tuvo la oportunidad de cabalgar junto al rey, pero tampoco le importó; era uno de los cuatrocientos caballeros deseosos de participar en la más fabulosa de las aventuras que un hombre podría jamás imaginar. Exceptuando a algunos señores principales, el resto eran segundones de sus solares con pocas posibilidades de heredar algún día y cuya única salida en la vida era la milicia. Unos cuantos habían luchado en el ejército del tío del rey, el difunto don Sancho, y no sabían hacer otra cosa, así que la llamada de Teobaldo los sacó de su ostracismo.